


La sostenibilidad en el ámbito de la modernidad: el campo, la educación y nuestro consumo como nodos de la resiliencia social

Sostenibility as the scope of modernity: the nodes of the rural, the education and our consumption as elements of social resilience


Isaías Daniel Hinojosa Flores¹

¹ UNAM, Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Juriquilla, México.

Doctor en Geografía, ha desarrollado múltiples investigaciones sobre territorio, espacio y sociedad tanto en el ámbito forestal, natural, social y cultural, cuenta con diversas publicaciones en estos ámbitos. Ha sido parte del cuerpo académico de diversos programas, como el Doctorado en Sostenibilidad en UNICEPES, así como del Posgrado en Ciencias de las Sostenibilidad en la UNAM, México, entre otros. Actualmente desarrolla el proyecto “Impactos del cambio en los patrones hidrometeorológicos y del cambio de uso de suelo en la vulnerabilidad y la capacidad de adaptación al riesgo hídrico” en la ENES Juriquilla, UNAM. Correo: dhinojosaf@enes.unam.mx.  [0000-0002-5985-484X](https://orcid.org/0000-0002-5985-484X).

Citar como:

Hinojosa Flores , I. D. (2026). La sostenibilidad en el ámbito de la modernidad: el campo, la educación y nuestro consumo como nodos de la resiliencia social. *CITAS*, 12(1), 9-11.

 <https://doi.org/10.15332/24224529.11790>



La profunda afirmación de Lefebvre (2010) —“El espacio social es una producción social” (p. 47)— nos permite entender que la sostenibilidad, lejos de ser un elemento simbólico ligado a una política efímera y de tendencia temporal, está estrechamente relacionada a la resiliencia comunitaria, no simplemente como conceptos abstractos, sino como hechos y acciones, como resultados concretos de nuestra organización material y simbólica; de nuestro habitar el mundo. En este sentido, aludiendo a Kozlarek (2015), se aboga por una modernidad crítica que se reconfigure desde un humanismo consciente de sus límites y potencialidades; es decir, de una sostenibilidad racional y práctica de nuestros contextos, historias y diferencias. Juntas, estas miradas teóricas iluminan críticamente los estudios aquí reunidos, permitiéndonos leerlos no como iniciativas aisladas, sino como manifestaciones diversas de una misma urgencia: reorientar la producción del espacio

*Nota editorial.

hacia lógicas de regeneración del espacio social y justicia, en la nueva perspectiva compleja de las coordenadas humanas dentro del sistema terrestre.

Esta reorientación comienza necesariamente por el reconocimiento de nuestra interdependencia con los sistemas naturales. Los estudios sobre conservación de suelos y aguas —como la evaluación de erosión mediante Cesio-137 en la laguna de Tiscapa, Nicaragua, que revela pérdidas de entre 0.498 y 1.103 ton ha año⁻¹, y la modelación hidrológica en la subcuenca del río Malacatoya mediante el sistema WEAP, con un índice Nash de 0.79 y R² de 0.90— evidencian las perspectivas limitadas de las políticas de extracción que privilegian beneficios a corto plazo sin considerar los ciclos regenerativos y su papel en el beneficio transgeneracional. Como señalaría Kozlarek (2015), estos no son meros problemas técnicos, sino un síntoma de “conciencia del mundo” en la naturaleza, “una categoría claramente moderna” (p. 16), no como un lugar, sino como la suma de las posibilidades de interactuar y relacionarnos con ella tanto desde la explotación, como del uso racional de los recursos. La precisión científica de estos estudios —su capacidad para cuantificar procesos de degradación— se convierte en una herramienta fundamental para una modernidad crítica que necesita reconocer sus propios límites ecológicos.

Precisamente en este reconocimiento de límites adquiere sentido la articulación de respuestas tecnológicamente fundamentadas, pero socialmente orientadas. El banco de maquinaria agrícola en Granada (Meta) —con su TIR del 38.2 % y VPN positivo— trasciende la mera eficiencia productiva para convertirse en una reinención del espacio rural desde la justicia distributiva y el acceso tecnológico. En diálogo con esta iniciativa, el sistema de compostaje rápido HotRot en Buenos Aires —que procesa 50 toneladas diarias de residuos orgánicos— ejemplifica lo que Lefebvre (2010) identificaría como una reapropiación del espacio urbano mediante la transformación de desechos en recursos. Ambos casos ilustran la necesidad de internalizar los costos ambientales —incluyendo explícitamente los gastos de tratamiento de residuos— como condición para una auténtica transición circular. Esta lógica se extiende incluso al ámbito educativo, donde programas como “Grebeg Suda Dluwang”, en Indonesia, integran tradición cultural y computación verde para reducir el consumo de papel, demostrando que la producción de espacios sostenibles requiere también de una resignificación de nuestras prácticas cotidianas.

Estas transformaciones en la producción material del espacio encuentran su complemento indispensable en las reconfiguraciones simbólicas y comunicativas. Las heladerías saludables de Bogotá que implementan prácticas circulares —empaques biodegradables, aprovechamiento de residuos— y los restaurantes que incorporan menús QR y estrategias digitales, evidencian una creciente disposición ciudadana (83 % según el estudio) a valorar la sostenibilidad. Sin embargo, la persistente brecha entre intención y comportamiento —donde aún predominan el sabor y el precio— revela que el estudio sobre redes sociales en instituciones de educación superior adquiere particular relevancia: la comunicación de la sostenibilidad debe trascender lo instrumental para construirse como relato auténtico y coherente, capaz de movilizar la acción colectiva mediante una resignificación profunda de nuestros valores.

Es precisamente en el ámbito educativo donde esta resignificación adquiere su expresión más radical y prometedora. Los enfoques praxeológicos en la Licenciatura en Educación Infantil —con sus momentos de “ver, juzgar y actuar”—, las “sinfonías de inclusión” en espacios no convencionales de República Dominicana y Colombia, y las estrategias de pensamiento crítico con dimensión emocional en Bogotá, encarnan la posibilidad de formar subjetividades resilientes, conscientes de su capacidad para re-producir el espacio social. Como argumenta Lefebvre (2010), es en la vida cotidiana donde el espacio se produce y reproduce, y es, por tanto, en las prácticas educativas transformadoras donde puede cultivarse un habitar consciente y corresponsable; en este sentido, Kozlarek (2015) establece que esta educación humanista y crítica es antídoto contra los fundamentalismos de la razón instrumental, pues recupera la dimensión ética y emocional del conocimiento.

La articulación de estos diversos frentes —conservación ecosistémica, tecnología apropiada, economía circular y educación transformadora— nos devuelve al punto de partida: la producción del espacio como tarea colectiva y política. Frente a la vulnerabilidad de un modelo civilizatorio que muestra sus límites, la resiliencia se configura

no como mera capacidad de adaptación, sino como potencia creativa para re-producir nuestros espacios de vida desde la justicia, la regeneración y el cuidado. Los casos aquí analizados, desde Nicaragua hasta Indonesia, son testimonio de que otra modernidad es posible: una que, lejos de negar su condición vulnerable, la asuma como una oportunidad para reinventarse desde un humanismo crítico y esperanzador. Como concluiría Kozlarek (2015) se trata de reivindicar las posibilidades conceptuales y prácticas de un proyecto que, sin abandonar los avances de la modernidad, los ponga al servicio de la vida en toda su diversidad y fragilidad.

References

- Kozlarek, O. (2015). *Modernidad, crítica y humanismo. Reivindicaciones y posibilidades conceptuales para las ciencias culturales*. Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- Lefebvre, H. (2010). *La producción del espacio*. Capitán Swing.